

NAVEGAR EN AGUAS CONOCIDAS

Fredi E. Goyeneche

Diciembre 11 de 2009

Me he puesto mi camisa de colores con la que navegaba todos los rincones del mar eterno en mis días de marinero náufrago pero con certeza segura de llegar al puerto de los encantos; así me confundiré con los colores del universo y los matices de las alegrías. Es un intento esotérico aprendido con los gurúes de la felicidad cuando los ritos de las sonrisas ahuyentaban a los dioses de las lluvias y de las tardes grises. Andrómeda y la Osa polar me mostraban las rutas de navegación con rumbos inciertos, los destinos satinados de incertidumbres sin cantos de sirenas.

Navegaré con las velas abiertas a los vientos del noroeste y a las luces del equinoccio boreal. Miraré de soslayo las islas de las maravillas donde se posan los pájaros escondidos en las grietas de sus recodos de piedra pura y que no han encontrado las corrientes de las brisas inciertas que no conducen a ningún lugar diferente al destino escrito en sus alas... tienen sus suertes jugadas al mismo lugar.

Las olas, que son como las compulsiones sinceras de su humor cambiante, salpican eufónicas aunque monorrítmicas contra la quilla de mi barco de siete mares, experto en las corrientes y los canales que van directo al centro de los desvaríos por los que otros marineros se fueron al infinito buscando ese

amor extraordinario del que le escucharon decir a otros marineros solitarios mientras bebían ron barato en el viejo puerto apagado pero lleno de ecos de historias de mares lejanos y de islas que se esfumaban con la mirada, llevándose las ninfas prometidas por los sueños.

Mi rosa de los vientos me trasmitirá con un guiño de complicidad, pero con un seño de solidaridad, que ha extraviado los puntos cardinales y los vientos, sus destinos. Me mirará con ojos de seguridad de que yo descifraré los pensamientos de Zeus y le mostraré las aguas que conducen a las islas florecidas donde crece el aroma de los perfumes porque los dioses depositaron allí sus alientos cuando fornicaban con tal lujuria que ese mar se arremolinaba y subía a los cielos cruzados por rayos y centellas, llevándose los espíritus santos para que sólo quedaran los mundanos y fuéramos humanos mortales y solo eternos mientras el amor se depositara en nuestras almas de siempre.

Seguí impertérito con el pecho abierto de mi camisa de colores al viento que empezaba a tomar su rumbo sin acalorar y casi sin empujar. Sólo fluyendo como se siente en la cama conocida con sus olores y la forma de los dobleces de las sábanas en el campo recorrido, de babor a estribor. El norte y el



sur fueron suficientemente auscultados en las primeras navegaciones y quedaron sus sitios escondidos para el momento justo de los descubrimientos espontáneos... la vida siempre nos guardará un secreto o un sitio

por descubrir, aunque haya estado desde siempre en nuestra carta vital de navegación.

Diciembre 11 de 2009... Los barcos no se mueven de sus fondeaderos.